



Laurus

ISSN: 1315-883X

revistalaurus@gmail.com

Universidad Pedagógica Experimental

Libertador

Venezuela

Villanueva, José

DEFINIR LA FILOSOFÍA EN EL AULA UNA EXPERIENCIA METODOLÓGICA SIGNIFICATIVA EN
EL PROCESO DE FORMACIÓN DOCENTE

Laurus, vol. 13, núm. 24, mayo-agosto, 2007, pp. 36-75

Universidad Pedagógica Experimental Libertador

Caracas, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=76111485003>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

DEFINIR LA FILOSOFÍA EN EL AULA UNA EXPERIENCIA METODOLÓGICA SIGNIFICATIVA EN EL PROCESO DE FORMACIÓN DOCENTE

José Villanueva*

Universidad Pedagógica Experimental Libertador

Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio - Zulia

RESUMEN

El presente artículo, siguiendo una metodología de tipo ensayo filosófico, pretende servir de herramienta didáctica de la de enseñanza de la filosofía en el contexto de la formación docente, y más específicamente en la tarea de la aprehensión de su definición como punto de partida de su proceso instruccional. En esta perspectiva, teniendo como premisa la idea orteguiana de que la claridad es la cortesía del filósofo, se procura abordar de la forma más sencilla posible, de acuerdo a un esquema de diálogo personal, y de conquista gradual, qué es esa cosa a la que llamamos “filosofía”; tratando de recuperar y examinar críticamente para el momento presente si esa actividad tiene cabida y sentido. Otra idea a destacar, es la conciencia del interlocutor no especializado, es decir, la intención velada de llevar a **cabo un tipo (una forma)** de hacer filosofía para no filósofos, y en este sentido, de filosofía para educadores.

Palabra clave: definición, conquista gradual, filosofía para educadores.

TO DEFINE THE PHILOSOPHY IN THE HALL

SIGNIFICANT A METHODOLOGICAL EXPERIENCE IN THE PROCESS OF EDUCATIONAL FORMATION

ABSTRACT

The present article, following a methodology of type philosophical test, tries to serve as didactic tool of the one of education of the philosophy in the context of the educational formation, and more specifically in the task of the apprehension of its definition like departure point of its instructional process. In this perspective, having like premise the orteguiana idea that the clarity is the courtesy of the philosopher, is tried to approach of the possible simplest form, according to a scheme of personal dialogue, and gradual conquest, what is that thing to which we called “philosophy”; trying to recover and to examine critically for the present moment if that activity has capacity and sense. Another idea to emphasize, is the conscience of the interlocutor nonspecialized, that is to say, the guarded intention to carry out **a type** to make philosophy for nonphilosophers, and in this sense, of philosophy for educators.

Key words: definition, gradual conquest, Philosophy for Educators.

Recibido: 10/04/2007 ~ Aceptado: 27/07/2007

* Profesor de la UPEL-IMPM. Filósofo, Teólogo y Educador, Egresado de la Universidad Católica Cecilio Acosta (Maracaibo) y de la Universidad de Navarra (España). Maestrante de Filosofía, Mención Pensamiento medieval Cristiano; investigador activo en el campo de la Didáctica de Enseñanza de la filosofía, Filosofía de la educación y la ética aplicada.

LA CONQUISTA DE LA DEFINICIÓN:

Una de las primeras tareas a las que uno se enfrenta cuando inicia un curso de cualquier disciplina del saber en general, es la de DEFINIR la materia estudiada, en el caso que nos ocupa, el de la FILOSOFÍA (ubicada, como asignatura introductoria, regularmente en los primeros semestres de los diferentes planes de estudio de formación docente). En este sentido, bien podríamos partir, como es usual, por tomar tal o cual definición de la filosofía y desde ella construir todo el entramado ulterior de nuestra reflexión. Pero a decir verdad, si lo hicieramos de este modo, estaríamos comenzando con muy mal pié, puesto que, esa definición nunca será nuestra, siempre será la de otro. Y, si de lo que se trata al estudiar la filosofía es de hacerla, es decir, filosofar, aunque de modo incipiente, esto sería absolutamente contradictorio. Por ello, juzgo mucho más conveniente y filosófico “CONQUISTARLA”.

A lo que tendríamos que añadir, en el contexto de la formación docente, que el estudio de la filosofía persigue, entre otras cosas, despertar, ejercitar y consolidar, en el docente, el deseo por ir más allá de lo puramente aparente, en una dinámica de criticidad y capacidad de reflexión y valoración ética, estética y epistémica permanente; que le capaciten para atender, enfrentar y resolver los múltiples problemas que se le planteen inicialmente en el proceso de su formación y luego en el de su ejercicio profesional, no solo desde la perspectiva del *¿qué?* o del *¿cómo?*; sino desde la panorámica, para nada intrascendente, de los *¿por qué?* y *¿para qué?*; propiciando con ello el desarrollo de: “**la conciencia crítica**”, “**el diálogo inteligente**” y “**la participación pro-activa**” (Villanueva, 2006; p. 212), que le permitan engendrar, para sí y para quienes educa, un aprendizaje significativo, esto es, aprender a aprender para emprender y ser. Perspectiva esta desde la cual, la educación filosófica del docente se convierte en una posibilidad y una herramienta pertinente y necesaria para la formación integral, en cuanto contribuye al desarrollo de estrategias para aprender a aprender en procura del mejoramiento de las condiciones sociales, culturales, económicas y políticas, entre otras, del contexto actual, tanto propias como colectivas.

En este orden de ideas, pre establecer una definición conceptual dada, impediría la oportunidad crítica de elección y creación del sujeto en formación, todo lo cual, resultaría contraproducente frente a la necesidad de formar docentes capaces de reflexionar sobre su ser y saber hacer en el ejercicio de la profesión (Contreras, 1999), tanto en cuanto, como sugiere Chacón (2005; p. 337), este es un proceso deliberativo, que no puede ni debe ser mecánico, ni meramente instructivo, por cuanto la enseñanza constituye un espacio lleno de incertidumbres y conflictos, producto de la diversidad de agentes y circunstancias participantes que interactúan; por tanto, precisa de acciones que orienten la construcción de significados útiles a quienes protagonizan el ejercicio de la educación.

Sobre este último particular, destaca Jurgo Torres (citado por Pérez de Santos y otros, 2004; p. 5) que: “El objetivo de la educación tiene que ser crear condiciones para que las personas se apropien de las palabras y puedan decir y decidir”. Lo que vendría a constituir, en palabras de Paulo Freire (1998), la superación de la conciencia ingenua por una conciencia crítica, desde la que se exige enseñar respetando los saberes de los educandos, así como a su autonomía, y capacidades críticas, éticas y estéticas. Todo lo cual hace subrayar el valor categórico de una estrategia didáctica de conquista en la enseñanza de la filosofía, y más específicamente, en la aprehensión de su definición.

Ahora bien, ¿qué significa conquistar una definición? Para contestar a esto prestemos atención, en un primer momento, a las premisas que integran este concepto y luego concluyamos. CONQUISTAR significa, de acuerdo al Diccionario de la Lengua Española (2001): “ganar algo por mérito propio, apoderarse de algo o de alguien con esfuerzo, venciendo dificultades” (p. 628). Así, frases como “Conquistó la meta”, “el conquistador de los pueblos” y “dio y dio hasta que la conquistó” etc., cobran sentido, por demás, seguramente notaremos que todas ellas nos dicen por lo menos dos cosas idénticas, por un lado, mérito, búsqueda, esfuerzo; y por otro lado, logro, triunfo, alcanzar algo valioso, deseado, y ésta es nuestra primera premisa significante. En segundo lugar, DEFINIR significa “delimitar” (Aranguren, 1997; p.15), “determinar, un concepto mediante la fijación de los caracteres esenciales de una idea o cosa,

Una experiencia metodológica significativa en el proceso de formación docente reuniendo en un todo orgánico sus elementos fundamentales” (Domínguez, 1939, p. 21).

En conclusión, si juntamos estas dos piezas de este rompe cabezas, obtenemos que “conquistar una definición”, es lo que acabamos de hacer, <<*lograr que una definición sea nuestra*>>, posesionarnos de ella, aprehenderla para sí, poseerla (¡Felicitades! Acabas de dar tu primer paso para hacer Filosofía.).

LOS TRES PRINCIPIOS

Siguiendo los planteamientos antes referidos, si queremos conquistar la definición de lo que la filosofía es, en un ambiente de aprender a aprender significativamente, debemos procurar solucionar antes una serie de problemas previos y de este modo poder reunir los caracteres fundamentales que le hacen SER lo que ES. Y con ello dar en definitiva con su naturaleza, con su substancia, con su razón esencial de ser.

Para hacer esto, sugiero que abordemos un sencillo esquema compuesto por tres aspectos generales, a saber: El Principio Genético-Histórico; El Principio Etimológico; y El Problema del Saber que es, entre el saber vulgar, la especulación y la ciencia.

a) EL PRINCIPIO GENÉTICO-HISTÓRICO:

Por medio de este principio buscaremos entender a la filosofía en el tiempo y en el espacio. Entenderla en esta perspectiva implica preguntarnos por su origen, más aún, **por el sentido de su origen**, lo cual no es meramente un dato histórico, que se solventa simplemente colocando una fecha, sino que es preguntarnos por un acontecimiento que le da a la filosofía un “lugar” y una “connotación” del todo única y singular, que la hace ser **un saber diferente y especialísimo**. Pero ¿diferente a qué? Y ¿especialísima porqué? Preguntas estas que sólo responderemos, devolviendo nuestra mirada, aunque sea solo rápida y sumariamente, a la historia del pensamiento humano, la cual resumiremos en las etapas que se exponen a continuación:

- **El Hombre ante la carencia:** Quizás nunca se sepa cuándo fue la primera vez que el hombre empezó a pensar y a preguntarse por las cosas. La arqueología y la historia nos arrojan algunos datos, pero todos siempre inciertos, pues, cada vez que alguno de estos se da por hecho, viene un nuevo descubrimiento, un nuevo hallazgo dejando todo otra vez en supuestos. Pero hay algo que sí es bien cierto, el hombre desde que es HOMBRE (y por el mismo hecho de serlo) siempre ha adoptado ante el mundo una actitud única y sin parangón: **LA ADMIRACIÓN (*thaumasthein*)**.

De este modo, siguiendo lo planteado con Burgraff (2006): “La capacidad de admirarse forma parte de las máximas posibilidades de nuestra naturaleza” (Disponible en: <http://cgq-net.blogspot.com/>). Y es esta precisa capacidad, la que condujo al hombre primitivo a satisfacer de modo efectivo, una a una todas sus necesidades (y en esto una de sus claves para su éxito evolutivo). Necesidades de todos los órdenes, en primer lugar las estrictamente vitales, tales como el hambre, la sed, el sexo y la reproducción, la necesidad de resguardarse del entorno, de las bestias, del peligro, etc. Esta fue la primera gran ocupación del hombre (Conf. Jakob Brucker; citado por Wilhelm Weischedel, 1995, p.11) y aunque ciertamente primaria no por ello menos humana, pues, para poder sortearlas, no poco ingenio tuvo que empeñar, y sin lo cual le hubiere sido imposible avanzar. ¡Y vaya que avanza!

- **El Hombre y el Pensamiento Mítico:** La admiración, también hizo que el hombre primitivo (una vez satisfecho de sus necesidades primarias y si no al menos si bien encaminado) tuviera la necesidad de buscar más. Su carencia Natural, no se satisface solo con lo material, necesita algo más. Y aquí surge un nuevo orden de necesidades, las espirituales, y la primera de ellas es **LA CURIOSIDAD**.

Le llaman fuertemente la atención las cosas que le rodean, los fenómenos naturales, el clima, la noche, el día, los astros, las estrellas, la luna y el sol, etc. A la vez les teme y a la vez le intrigan. Ante esto

busca una explicación, y lo hace, en primera instancia, refugiándose (por decirlo de algún modo) en el **mito** y en la **magia**. Lo cual viene a ser conocido con el Nombre **actitud mítica**. Cuyas características principales, siguiendo al profesor Albornoz (1993) son: 1) Considerar en los fenómenos naturales una presencia viva (hilozoísmo), esto es, verlos como un “tu”, como un alguien, con quien establezco una relación personal, amigable, de amor o de temor; en este sentido, se personifica y diviniza las fuerzas naturales: la muerte, la vida, el amor, el trueno, la guerra, la fertilidad, la lluvia; son dioses a los que se les puede pedir una intervención beneficiosa para el individuo y el grupo mediante oraciones y plegarias; 2) No existe un interés por el fenómeno mismo, sino por las características a ellos atribuidos (por ejemplo, asociar al sol con el dios del bien y a la luna con el de la maldad), lo que vendría a ser, en palabra de Eugenio Trías (1970), significantes carentes de referente o de objeto; y 3) No hay un interés por conocer las causas que producen los fenómenos, sino de la voluntad que de ellos se suponen (por ejemplo, si no llueve o si llueve en exceso, es porque no se ha rendido culto adecuadamente al dios de la lluvia; si una enfermedad diezma nuestro poblado es porque un dios está irritado con nosotros; si perdemos la guerra es porque el enemigo tenía dioses más poderosos que los nuestros).

A estas características añadimos, además, el uso de la narrativa y el lenguaje poético como forma preponderante de expresar las ideas y o creencias. Así, mediante los mitos el hombre conseguía dar una explicación a los distintos acontecimientos de su vida, tanto los relativos a cuestiones concretas pero fundamentales de su existencia (el desenlace de una batalla, la muerte de un ser querido), como a los grandes problemas de la vida (el nacimiento, la muerte, el sufrimiento, el origen del mundo), y mediante los ritos y los fetiches creía poder dominar las fuerzas de la naturaleza y de la vida social de acuerdo con sus propios intereses.

Siguiendo esto, podemos definir a esta actitud como “un cierto modo de explicación de la realidad que procura expresar ciertas verdades que escapan al razonamiento”. Eh aquí que las primeras señales literarias que tenemos del hombre son los mitos. Algunos ejemplos, en este sentido, son: El relato de la Creación del Génesis, los fragmentos de la creación del

mando del Edda, el Popol Vuh, etc. y como estos muchos más, que relatan o bien acontecimientos históricos o fenómenos naturales, que pudieron suceder en realidad o no, pero que no era lo esencial, sino transmitir una idea para ellos considerada como fundamental, por ello el recurso de la fábula, de la exageración y la ficción.

Ahora, insisto, tampoco carecen de valor, pues, parafraseando a Eugenio Trías (1970), estos signos mediante los cuales el hombre primitivo se apropiaba de la totalidad son fundamentalmente significantes flotantes que cubren lagunas de conocimiento; constituyendo de este modo, el recurso del mito y la magia, el primer intento del hombre por darle una explicación a los hechos y a las cosas. A este respecto, concluye Gaarder (1999), en el Mundo de Sofía: “Comprendió [Sofía] que los seres humanos quizás hubieran necesitado siempre encontrar explicaciones a los procesos de la naturaleza. A lo mejor la gente no podía vivir sin tales explicaciones. Y entonces inventaron todos los mitos en aquellos tiempos en que no había ninguna ciencia.”

Ahora bien, resulta conveniente advertir, lo afirmado por Echegoyen (1995) que el mundo en esta actitud; el gran acontecimiento espiritual que inician los griegos (según el punto de vista de algunos) consiste precisamente en intentar superar esta forma de estar ante el mundo. Sin embargo, no hay que creer que la actitud mítica desaparece completamente a partir una fecha determinada, más bien ocurre que éste es un proceso lento y paulatino, que poco a poco se va haciendo más universal. Pero la actitud mítica todavía no ha desaparecido: en nuestra época muchos siguen confiando en explicaciones de este tipo, y personas que parecían haber conquistado definitivamente este nuevo estado, caen en la actitud mítica cuando su vida se torna difícil o en ella hay imprevistos no solucionables aparentemente con el ejercicio de la razón.

- **El pensamiento racional:** Pero la explicación del mundo que al hombre le viene del mito, no le satisface plenamente. Su admiración y su curiosidad natural por las cosas que le rodean no le permiten refugiarse simplemente tras el velo de encantadoras creencias en supuestas voluntades ocultas, cuyos designios

insospechados y misteriosos controlan y gobiernan los destinos del universo. Por el contrario, le exigen ir más allá. El hombre necesita, porque es esencial y existencialmente importante para sí, conocer y comprender la realidad última que reposa en el fondo de cada fenómeno. A este respecto, escribe el filósofo español Julián Marías (1999), comentando a Aristóteles, que: “el deseo del hombre por conocer, es nada menos que su naturaleza” (p. 3); y es que al efecto, como afirmaría el estagirita: “Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber. El placer que nos causan las percepciones de nuestros sentidos son una prueba de esta verdad. Nos agradan por sí mismas, independientemente de su utilidad” (Aristóteles, Metafísica, Libro I, 980^a). En este mismo sentido, afirmaría Tomás de Aquino (1225-1274) que: “Se da en todos los hombres, de modo natural, el deseo de conocer las causas de aquellas cosas que entran por los ojos” (S. th. I, q. 12 a. 8 ad 4), es decir, que el conocimiento en tanto que anhelo humano, forma parte substancial y constitutiva de su Ser, y no es un mero elemento añadido y suplementario.

Y es esta necesidad fundamental, sumada a un cierto progreso alcanzado en lo económico, político, social, cultural, etc. (Zambrano, 1986; p. 2-9), las que hicieron posible que el hombre rompiera las barreras del paradigma mitológico y adoptara una nueva actitud, que lo colocaría ante el mundo de una forma radicalmente distinta a aquella y que lo acompañará desde entonces hasta la actualidad. Ocurriendo, de este modo, una suerte de movimiento de traslación como superación de las formas míticas y religiosas de pensamiento hacia el advenimiento de una actitud humana completamente nueva.

A esta nueva actitud la designaremos, de acuerdo con Julian Marías (Ob. Cit., Pág. 4) y Albornoz, (Ob. Cit., P.29-30) con el nombre de **pensamiento racional o teorético**, el cual bien podríamos definir como “la actitud humana de procurar dar razón de lo que las cosas son en sí mismas, atendiendo a sus causas últimas, principios esenciales y consecuencias”. La categoría más importante de este nuevo estado mental, a juicio de Echegoyen (1995), es la de necesidad: las cosas suceden cuando, donde y

como deben suceder. El hombre descubre que las cosas del mundo están ordenadas siguiendo leyes, que el mundo es un cosmos, no un Caos.

En este sentido, siguiendo a Guthrie (1962), se podría decir que tal paso “se produjo cuando empezó a cobrar forma en la mente de los hombres, la convicción de que el caos aparente de los acontecimientos tiene que ocultar un orden subyacente, y que este orden es el producto de fuerzas impersonales”. Y es, en este preciso escenario, cuando tiene lugar el nacimiento de la **filosofía**, como una nueva manera de situarse el hombre ante el mundo, es decir, una forma de pensamiento que no recurre a la acción de elementos sobrenaturales para explicar la realidad y que rechaza el uso de una lógica ambivalente o contradictoria. Constituyéndose así, la filosofía, en la primera expresión del pensamiento racional, y por consiguiente, radical ruptura con el pensamiento mitológico.

Ahora bien, ¿Cuándo tuvo lugar en el tiempo y en el espacio este acontecimiento singular?, ¿Cómo ocurre el paso de la actitud mítica a la actitud racional?, para responder estos interrogantes es menester advertir que este ha sido una cuestión controvertida a lo largo de la historia. Para nuestro objetivo nos bastará considerar dos de las hipótesis más difundidas acerca del origen de la filosofía: a) Aquella que sostiene el origen a partir de la filosofía oriental, y b) Aquella que hace de la filosofía una creación original de los griegos; y que desarrollaremos resumidamente de forma esquemática en el cuadro que presentamos a continuación:

Cuadro N° 1: Origen del Pensamiento Racional.

	Origen a partir de la filosofía oriental	Creación original de los griegos
H		
I	Los defensores de esta hipótesis mantienen que los griegos habrían copiado la filosofía oriental, por lo que la filosofía no podría considerarse una creación original del pueblo griego. Los primeros filósofos, sostiene esta hipótesis, habrían viajado a Egipto y Babilonia en donde habrían adquirido sus conocimientos matemáticos y astronómicos;	a) Por lo general se ha considerado que la filosofía nace con Tales de Mileto allá por el siglo VI antes de nuestra era, en las colonias griegas de Asia Menor (hoy Turquía). Atribuyéndosele, ser punto de partida, a la pregunta formulada por el pensador de Mileto, TALES, expresa en los siguientes términos “¿Cuál es el principio del que han salido todas las cosas?”
P		b) Otros sostienen que la filosofía nace con Homero en el siglo IX a.C.
Ó		
T		
E		
S		
I		
S		

D	a) Los filósofos alejandrinos. En polémica con las escuelas filosóficas griegas, y con el ánimo de desacreditarlas, los filósofos alejandrinos ponen en circulación la tesis del origen oriental de la filosofía.	Esta es la tesis más difundida entre los historiadores de la filosofía. Entre los postulados más importante nos encontramos tres teorías que intentan dar Razón de esta Hipótesis, a saber :
E	b) Los padres apologistas cristianos. Con intención polémica similar a la de los filósofos alejandrinos, los primeros padres apologistas del cristianismo, airean la hipótesis del origen oriental de la filosofía, hipótesis que posteriormente no será mantenida por la filosofía cristiana occidental.	a) La llamada tesis del "milagro griego". de J. Burnet (1915) según esta hipótesis la filosofía habría aparecido en Grecia de una manera abrupta y radical como fruto de la genialidad del pueblo griego.
F		b) La tesis del desarrollo del pensamiento filosófico a partir del pensamiento mítico y religioso de Cornford (1912), según esta hipótesis I a filosofía sería el resultado de la evolución de las formas primitivas del pensamiento mítico de la Grecia del siglo VII antes de Cristo.
G		c) La teoría de los factores Socio -culturales de J. P. Vernant (1965), según la cual este paso del mito a la racionalidad fue posible, por la inexistencia en Grecia de una casta sacerdotal lo que permitió la transmisión pública del saber, la libertad individual y el desarrollo de la escritura, todo lo cual hizo posible la puesta en entredicho de las explicaciones cosmológicas y su sustitución por una forma de pensamiento que no entraña la creencia y la superstición propias de los pensamientos mítico y religioso

Nota: Cuadro elaborado con datos tomados de: _____ El Origen de la Filosofía [On Line]
Disponible en: http://www.webdianoia.com/his_fil/origen.htm#

Frente a estas dos posiciones antagónicas presentadas en el cuadro anterior, asumiendo una posición crítica del problema, cabría cuestionar la primera tesis expuesta, tomando en cuenta la racionalidad del discurso filosófico, es decir, si asimilamos a la filosofía como un discurso racional, entendiéndose este último como la imposibilidad de recurrir a lo sobrenatural para explicar los fenómenos naturales, y al rechazo de la contradicción; en esta perspectiva, resulta difícilmente sostenible la teoría del origen oriental de la actitud racional, y más específicamente de la filosofía. Los estudios sobre el tema parecen indicarnos que tanto la astronomía como las matemáticas orientales no eran filosofía. La astronomía babilónica, por ejemplo, tendía a degenerar en astrología, es decir, en arte adivinatorio; y las matemáticas egipcias, lejos de alcanzar el grado de abstracción necesario para considerarse ciencia, no superaron nunca el estadio de un saber práctico (y esto sin negar el valor científico

de la técnica), generado al amparo de las necesidades de medición de los terrenos luego de cada una de las inundaciones periódicas del Nilo.

Claro está, que los defensores de este punto de vista pudiesen argumentar (como de hecho ha sucedido) que tanto los orientales como los griegos disponían de una mitología y de unas creencias religiosas similares; y que la estructura explicativa de las mismas es también similar. A este efecto, nos encontramos lo planteado por Kirk (citado por Estrada, 1994; p. 32), por ejemplo, quien insiste en que las grandes fuentes de los mitos las tenemos tanto en el próximo Oriente con las culturas de Egipto, Babilonia e Israel como en la literatura griega de Homero y Hesíodo.

No obstante, en la estructura de las explicaciones de los primeros filósofos jonios (Tales, Anaximandro, Anaxímedes) encontramos ya en sus escritos la forma de un problema (mito-racionalizado). La cosmología de los primeros filósofos modifica su lenguaje y cambia de contenido: en lugar de narrar los acontecimientos sucesivos, define los primeros principios constitutivos del ser; en lugar de presentarnos una lucha de dioses nos ofrece un intercambio mecánico de procesos o fenómenos naturales.

En consecuencia, resultaría mucho más probable la idea del origen griego, quizás no como resultado de su genialidad (tesis del milagro griego), pero si como resultado de la conjugación de factores geográficos, históricos, socioculturales y políticos, entre los que podemos mencionar la ausencia de textos sagrados en la religión griega, así como de una casta sacerdotal encargada de velar por el dogma, de modo que el pensamiento filosófico no encontró este frecuente obstáculo. Y así mismo, aunque haya que descartarse la tesis del origen oriental de la filosofía, es innegable que los griegos se aprovecharon de elementos culturales, principalmente matemáticos y astronómicos, del Oriente Próximo. De hecho, las primeras expresiones de la filosofía surgen en Asia Menor, la región griega más en contacto con Fenicia, Egipto y los pueblos mesopotámicos.

En conclusión, en cualquier caso, sea una posición u otra la que adoptemos respecto al problema del origen en el tiempo y en el espacio

de la filosofía, lo importante aquí es destacar como esta desde su génesis histórica, constituye la primera forma de pensamiento racional. Y en esto, una primera aproximación a nuestra definición de lo que la filosofía es.

d) EL PRINCIPIO ETIMOLÓGICO:

Un segundo aspecto a tomar en cuenta ante nuestro reto por conquistar y definir lo que la filosofía es, lo constituye el Principio Etimológico. Por medio de este, procuraremos resolver el problema del sentido y significado de la palabra filosofía propiamente dicha, esto es, como afirma Aranguren (1997) “dar con la autenticidad de la palabra originaria” (p. 20). Para ello, atenderemos a un doble cuestionamiento, a saber: el origen de voz filosofía; y el significado de la voz filosofía.

- **El Origen de la voz Filosofía:** Antes que nada, lo primero que debemos considerar en este particular, es que, a la palabra **filosofía**, como sustantivo simple, le antecede (cronológicamente hablando) la forma adjetiva de **filósofo**, es decir, primero apareció, en el contexto de la historia, la palabra filósofo que la de filosofía. Por consiguiente, cuando nos preguntamos por su origen, lo hacemos, en primer término, aludiendo al de filósofo. Y es que, este es, en definitiva, el punto de partida para lo que después se designara con el nombre de filosofía tal y como hoy la conocemos.

Una vez atendido esto, lo siguiente que tenemos que decir, es que un criterio comúnmente aceptado y compartido entre los estudiosos de la historia de la filosofía, consiste en recoger que este vocablo es producto del genio griego y tuvo su aparición en algún momento del período Presocrático. No obstante, no es igualmente compartida la opinión en torno a la exactitud, en el tiempo, de dicho acontecimiento, así como tampoco con relación a la autoría responsable de acuñarla. En esta perspectiva, lo que haremos a continuación será presentar, en el siguiente cuadro, algunas de las posiciones más destacadas, que por su antigüedad y tradición, gozan más o menos de cierta autoridad.

Cuadro N° 2: Del origen de la voz Filosofía.

FUENTE	TEORÍA	FRAGMENTO
Heráclito de Éfeso: 535-475 a.C.; en fragmentos de su ora, que aún se conservan.	Algunos autores afirman que es el mismo Heráclito el responsable de este término	"Es menester que los amantes de la sabiduría (φιλόσοφος) estén mucho y bien instruidos en multitud de cosas..."
Marco Tilio Cicerón: 106 a.C. al 43 d.C.; en Conversaciones de Túscusco, J,3,9	Esta obra sugiere que es Pitágoras el autor de dicho término.	"Leontas, rey de fleunte, preguntó a Pitágoras que significaba 'Filosofo'. Pitágoras le respondió que la vida humana se parecía a un mercado, en el que habían todo tipo de juegos y en el que estaba presente toda Grecia. Algunos aspiraban la gloria y al premio de la corona con ejercicios corporales; otros participaban con el ansia de hacer ganancias en sus ventas y compras, había un cierto tipo de hombres, los más nobles, que no buscaban ni aplausos ni ganancias, sino que iban a observar lo que ahí se hacia y como se hacía... jesos son los filósofos!"
Diógenes Laercio; Siglo III d. C.; en la introducción a su obra "Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos ilustres".	Identifica a Pitágoras como autor.	"En cuanto al nombre Pitágoras fue el primero que lo impuso llámándose filósofo, estando en conversación familiar en Sicilia, con Leontes, tirano de los sicionenses..."

- **Significación de la voz Filosofía:** La palabra **FILOSOFÍA** es un término compuesto por dos nombres griegos, **φίλος** (philos): Amor, afición, ansia, amigo, afecto, etc. (Pabón, 1983; p. 625); y **σοφία** (sophia): Sabiduría, erudición, ciencia, saber, instrucción, etc. (Pabón, Ob. Cit.; p. 540). Que le prestan su significación originaria de **AMOR A LA SABIDURÍA** (φιλοσοφία).

Pero ¿Cuál es el sentido y significado de esta expresión?, ¿Qué significa amar a la sabiduría? Ante esta pregunta, hay que responder que no es fortuito que la palabra filosofía hundiera sus raíces en la de filósofo, pues, originariamente con esta se designaba una **actitud** humana ante el mundo, que implicaba sumergirse en la realidad de lo cotidiano para encontrarse con el último sustrato, con el último por qué. El filósofo era aquel hombre en continua búsqueda del sentido de las cosas y la vida; un observador atento y suspicaz; un formulador de preguntas y buscador de respuestas, que descubre, en lo cotidiano y común, lo realmente extraordinario e insólito. Era un admirador por excelencia de la realidad, capaz de reconocerse y abrirse a una verdad mayor dejándose fascinar

por ella. No sin motivo, los antiguos colocaron el origen de la Filosofía en la admiración; así, para Platón: “Esta es la pasión grande del filósofo: la admiración; pues no es otra que ésta el origen de la Filosofía”. Y Aristóteles, por su parte afirmaría que: “A causa de la admiración, los hombres, hoy y ayer, comenzaron a filosofar”.

Pero dicha admiración tras de sí, no era mera curiosidad, aunque la contenga, sino sobre todo exigencia por conocer la verdad oculta en el interior de las cosas (Rodríguez, 1989; p. 68). Por ello, para Burgraff (2006), admirarse no es sólo el principio de la filosofía en el sentido de *initium*, paso preliminar o comienzo, sino en el sentido de *principium*, esto es, origen interior del filosofar. Siempre que una persona filosofa, comenta el autor prenombrado, se admira; y en la medida en que crecen sus conocimientos, crecer su admiración. Al efecto, Tomás de Aquino define la admiración como “*desiderium sciendi*”, es decir, la añoranza y el deseo de saber cada vez más. La persona que se admira es aquella que empieza a caminar, que desea saber más y más e intenta llegar al fondo de todas las cosas. De esta forma, el filósofo era en definitiva, un auténtico enamorado del saber. Y de ahí su calificativo de “amante de la sabiduría”.

Por otra parte, la palabra filósofo, denota, según expresa con gran precisión Manuel Gonzalo Casas (1970; p. 13-16) un movimiento de apertura y simpatía del “**no saber**” al “**saber**”, lo que en palabras de Freire (1998; p. 33) vendría a ser la superación de la “conciencia Ingenua” por una “conciencia Crítica” (insatisfecha e indócil). Un tipo de saber que trasciende las fronteras de lo inmediato, de lo puramente aparente, de lo conformista e insensible (aburguesamiento intelectual); un tipo de saber sin prejuicios ni tabúes, sin limitaciones arbitrarias; comprometido con la totalidad y a no dejar pasar conscientemente por alto nada que en principio pueda ser esencial (Pieper, 1970; p. 97); en fin un tipo de saber profundo, reflexivo, crítico, empeñado por la conquista del bien y la verdad.

Ahora bien, por ello, el hombre-filósofo, no se consideraba a sí mismo como “**sabio**” (aunque la sociedad le diera tal reconocimiento, como se deja ver en unos de los diálogos de Platón [Apología, 23, a-b] donde se expresa que “Cuando le preguntaron a la sacerdotisa de Delfos,

quién era el hombre más sabio de Grecia, ésta respondió: Sócrates...”), sino como un “**incansable buscador de la sabiduría**”. Pues, en su visión de la totalidad, pronto se da cuenta de que eso es apenas posible, el mundo es mucho mayor que su capacidad de comprensión. Lo cual no indica ignorancia, sino reconocimiento de la inmensidad del saber que no se tiene, y por ello se busca, se desea, se ama.

Y este es, precisamente, el sentido de la **docta ignorancia** profesada por Sócrates, que lo condujo a afirmar con magnanimidad y reciedumbre “**solo sé que no se nada**”, en franca oposición al movimiento intelectual de moda para ese entonces, los sofistas, que se atribuían para sí la tenencia del saber (de ahí su nombre, *σοφιστής*-oῦ-ό: sabio) que ofrecían enseñar a todos, normalmente, a cambio de dinero. Por el contrario, para Sócrates, que consideraba a los sofistas (y con él, toda la tradición posterior) de farsantes y charlatanes, la posesión del saber, nunca es absoluta, solo parcial. Por ello, a nadie le es legítimo tenerse por sabio, sino que solo por amante de la sabiduría. Pero, además afirmó: “Jamás he sido el maestro de nadie”, con lo cual quería indicar que no es posible dividir la humanidad en dos clases sociales diferenciadas: los que saben por un lado y los que no saben, por el otro; el sabio y el necio. Todos estamos buscando la verdad, y ninguno la posee completamente. Pues mientras más profunda y extensa se hace la comprensión, más aplasta la visión del campo inmenso de lo que aún queda por comprender. Un filósofo, por tanto, suele vivir como un inconformista, que comprende que el conocimiento comienza por la admiración, sigue por el aprendizaje continuo y disciplinado, se fortalece con la paciencia y nunca concluye. Y esta realidad la vive con amor. El amor a la sabiduría es su actitud ante la vida.

Pero esta acepción originaria pronto dio paso a un nuevo y más amplio significado, en el que la palabra Filosofía ya no solo iba a ser entendida en su forma adjetiva, de “búsqueda, deseo o amor a la sabiduría”, sino que, además, vendrá a ser concebida de forma sustantiva: La Filosofía, significando a “**La sabiduría misma**”. En esta perspectiva, por ejemplo, se encuentran Platón (429 al 347 a. C.) y Aristóteles (384 al 322 a. C.). El primero definiéndola como “el saber que al extrañarse de las apariencias, llega a la visión de lo que es verdaderamente de las ideas”

(Ferrater Mora, 1978; p. 174); y el segundo como “La investigación de las causas y principios de las cosas” (ídem). Y es a esto, precisamente, a lo que se referirá, siglos más tarde, Tomás de Aquino (1225 al 1274) recogiendo esta misma tradición, al afirmar que “desde entonces, el nombre del sabio se cambió por el de filósofo, y el nombre de sabiduría por el de filosofía” (De Aquino, T., In Metaphys, I, 3,56).

Aquí la filosofía es tomada como un saber que abarca todo cuanto existe (Aristóteles, Metafísica 982, a8-12), convirtiéndose en posesión de la verdad de la Naturaleza, o visión teórica del mundo, es decir, en un saber acerca de las cosas que son; y en este sentido, es un ejercicio de reflexión y de análisis sistemático y especulativo, de valor y de sentido, que trata de comprender, metodológicamente, cómo llegar a explicaciones esclarecedoras sobre la esencia de los diversos elementos de la realidad, en un esfuerzo por entender lo último de las cosas, en la que se asienta la adquisición de la verdad y la realización del bien, y en tal sentido es un tipo de saber racional (Zubiri; 1940)

Ahora bien, esta idea de la filosofía como Saber, no representa contradicción alguna respecto a la significación originaria, sino que viene a asistirla y complementarla, posibilitándole su posterior sistematización y proporcionándole un lugar en la historia del pensamiento humano.

Llegado a este punto podemos concluir que, ya en los primeros tiempos de la tradición cultural griega, la palabra filosofía era entendida desde una doble perspectiva: como **actitud ante la vida** y como **sabiduría**. Surgiendo de aquí un nuevo problema ¿Si la filosofía es un saber, qué tipo de saber es? Problema este que no es posible resolver acudiendo meramente a la razón etimológica, resultando insuficiente, por este motivo, para definir a la filosofía a partir de ella. Por ello es menester atender a esto desde otro punto de vista.

e) EL PROBLEMA DEL SABER FILOSÓFICO:

Hasta ahora, hemos estudiado el sentido de la filosofía en el tiempo, y le hemos dado haciéndolo, la connotación de “Nueva manera de situarse el hombre ante el mundo, que implicaba la asunción de una actitud, radicalmente opuesta a la llamada actitud mítica que dominó buena parte

de la historia del pensamiento (100.000 años aproximadamente): **LA RACIONAL.**

Por otra parte, hemos procurado desenmarañar, acudiendo a su etimología, el sentido y significado de la palabra filosofía propiamente dicha, encontrándonos con que esta nos arroja una doble acepción de la misma, por un lado amor a la sabiduría y por el otro sabiduría. Dato este, que nos coloca ante un último problema, que ni el Principio Genético-Histórico ni el Etimológico resuelven, y que es menester hacerlo para poder conquistar y definir lo que la filosofía es: **el problema del tipo de saber que es la filosofía.**

Este problema, ha constituido un importante y encendido tema de reflexión y debate, que ha acompañado a la filosofía a lo largo de toda su historia, propiciando la separación de círculos enteros del mundo académico. Prueba de ello, la encontramos en la controversia (a la que ya hemos referencia en el punto anterior) entre Sócrates y los Sofistas. Ahora, pretender un estudio pormenorizado y detallado de todos los aspectos que involucran esta problemática, no es posible, por obvias razones metodológicas, en un artículo como el presente. Por ello, lo que haremos ahora será tan solo atender, de forma breve y sumaria (lo cual no implica poca profundidad), a dos de sus problemas fundamentales, a saber: El problema del Saber Vulgar y la Filosofía; y El problema de la Filosofía y la Ciencia.

- **El Problema del Saber Vulgar y la Filosofía:** Ante frases que escuchamos a diario, tales como “todos los hombres son filósofos”, “el sabio refrán popular”, o “es sabio pensar de tal o cual modo”, entre otras, salta la pregunta de si ¿es el saber vulgar filosofía?, más aún, ¿es la filosofía un saber vulgar? Para responder a ello es menester reconocer, en primer lugar, lo que se entiende por tal saber. Este concepto es el resultado de dos nombres de origen latino, Sapere (saber): tener conocimiento o habilidad para hacer algo; y Vulgum (vulgar): Común, general, etc., que le dan su significado de saber común, es decir, “el que todos tienen (en menor o mayor grado)”. A este preciso

saber, le denominó Platón “**opinión**” δόξα (doxa) y lo definió como “el saber que todos tenemos sin haberlo buscado”, es decir, un tipo conocimiento de las cosas por sí mismas, no por las causas ni con las causas, espontáneo, sin gran reflexión, sin método y seguridad. Frente a este y por encima, coloco Platón a la “**ciencia**” ἐπιστήμη (episteme), a la que definió como θητόυμης ἐπιστήμη (Zetouméne epistéme) “el saber que tenemos por haberlo buscado”. Cómo podemos notar, la diferencia entre estos saberes viene señalada por la palabra “**búsqueda**” (¿eso no te recuerda nada?).

En este contexto, señala Mario Bunge (1989):

La ciencia no es una mera prolongación ni un simple afinamiento del conocimiento ordinario, en el sentido en que el microscopio, por ejemplo, amplía el ámbito de la visión. La ciencia es un conocimiento de naturaleza especial: trata primariamente, aunque no exclusivamente, de acaecimientos inobservables e insospechados por el lego no educado [...] la ciencia inventa y arriesga conjeturas que van más allá del conocimiento común... (p. 22)

Ahora bien, si antes hemos dicho que, unas de las características esenciales (y a decir verdad la característica por excelencia) de la filosofía, en tanto que sabiduría, consiste, no en un saber que se tiene (Filodoxia), sino en uno que se busca, luego el saber vulgar, en tanto que es un saber que no se busca, no puede tenerse por filosofía, por cuanto esta es saber que se busca. Con esto, no se indica negación del saber que es el saber común, ni ningún tipo de menosprecio, si no solo reconocimiento de su esencial diferencia respecto al saber que implica la filosofía. En este mismo sentido, podemos afirmar que la filosofía no es un saber vulgar, puesto que es saber que se busca. Y siguiendo a Platón, esta se mueve, más bien, en dirección de la ciencia, pero esta es harina de otro costal.

- **El problema de la Filosofía y la Ciencia:** Una última consideración a la que atender en aras de precisar el tipo de saber que la filosofía es, y que en definitiva requerimos para poder conquistar su definición, lo constituye el problema en torno a la legitimidad o no de atribuirle a la filosofía el título de

ciencia, esto es, la pregunta por si **¿es o no el saber filosófico saber científico?**

Responder a esto, no es tarea fácil, pues no existe unanimidad al respecto, sino que por el contrario, candente discrepancia. Prueba de ello, la encontramos ya en la antigüedad griega. Platón, por ejemplo, las identificaba, mientras que Aristóteles (su discípulo) introduciría una clara diferencia entre ambas, dándole a una (la ciencia) el carácter de saber específico, verificable y necesario y a la otra (la filosofía) el de saber acerca del Ser en General (claro está, para el estagirita está última forma de saber era superior).

Pero, no es sino hasta el siglo XVII de nuestra era, cuando esta dualidad de opiniones se problematiza y recrudece, como consecuencia del desmembramiento de las llamadas ciencias particulares (matemática, física, química, medicina, astronomía, entre otras) del seno del saber unitario en el que se encontraba, de forma casi indiferenciada, tanto la filosofía como la ciencia.

Hasta ese momento, ser filósofo implicaba la tenencia de un cierto saber enciclopédico, es decir, el filósofo era aquel hombre conocedor de cuanto saber existiera, dominaba tanto la metafísica como la física o la matemática, etc. Pero, entrado el Siglo XVII, este escenario cambió. El cúmulo de conocimientos alcanzado para ese momento era tal, que le era imposible a una sola persona poseer, en una unidad enciclopédica, todo el saber conocido. Todo lo cual condujo, a que el saber se ramificara, distribuyéndose en ciencias con objeto y con método propio, que reclamaban autonomía frente a la filosofía, la cual pasa a ocupar un lugar, pero como un saber entre otros.

En este nuevo escenario, la filosofía es cuestionada y puesta en tela de juicio. Por una parte hay quienes, plagados por un escepticismo para con ella y obsesionados por una supervvalorización de los fenómenos empíricos, dudan de si es ésta un verdadero saber; mientras que otros le darán tal reconocimiento y valor. Pasando a protagonizar así la filosofía, un nuevo episodio en la historia del pensamiento, similar al que aconteciera con Platón y la opinión o saber vulgar, o al enfrentarse en la edad media

entre la fe y la razón; pero ahora, es entre la filosofía y la ciencia. Entrando aquí, pues, la pregunta sobre si es o no la filosofía ciencia.

Pregunta esta, que partirá en dos, el discurrir filosófico posterior e influirá en el desarrollo histórico-cultural del hombre y la sociedad (véase, por ejemplo, la distinción que se ha hecho en el mundo académico, entre ciencias y humanidades, manifestados con tal denominación en las casas de estudios de educación superior, y hasta hace poco en el escenario del nivel de educación diversificada). En esta perspectiva, nos encontraremos a renombrados pensadores de la talla de Descartes, de Kant, de Hegel, de Husserl, y un largo etcétera que alcanzará nuestros días e incluso las fronteras de nuestra Bolivariana Venezuela, que dejan notar, según sea cada caso, una posición favorable o en contra respecto al carácter científico atribuido a la filosofía. Así, por ejemplo, para Kant la filosofía estaba muy lejos de ser considerada ciencia; mientras que para Husserl, la filosofía era una ciencia en el sentido estricto de la palabra.

Ahora bien, esta radical diferencia de opiniones respecto a nuestro interrogante en cuestión (de sí ¿es o no la filosofía ciencia?) obedece fundamentalmente, a que esta ésta estrechamente vinculada y condicionada por la noción que se tenga previamente del término ciencia. A este efecto, se destaca en el Diccionario Virtual de Filosofía (2006): “Carece de sentido hablar, en abstracto, de las «relaciones entre ciencia y filosofía», porque éstas serán entendidas de diferente modo según lo que se entienda por ciencia y por filosofía” (Disponible en: <http://www.filosofia.org/filomat/df003.htm>). Así mismo, comenta Zubiri (1941), que: la objeción contra la filosofía procede de una cierta concepción de la ciencia que, sin previa discusión, pretende aplicarse unívocamente a todo saber estricto y riguroso.

En consecuencia, si queremos dar razón de si es o no legítimo aplicar el término de ciencia a la filosofía, se nos impone, en primer lugar, procurar definir a esta, lo cual implica (advierto) una toma de posición crítica frente a este asunto.

¿Qué entendemos, pues, por ciencia? Etimológicamente este término proviene del griego **ἐπιστήμη** (episteme) que viene a traducir “EL

SABER". Pero no resulta conveniente tomarlo así de simple, por cuanto existen saberes que no pertenecen al campo de la ciencia, como es el caso (que ya hemos estudiado) del saber vulgar o común. Pero entonces ¿qué tipo de saber es el saber científico? Si diéramos por sentada la definición propuesta por Aristóteles, este saber sería el conjunto de conocimientos específicos y demostrables a cuyas conclusiones se accede por sus propias causas de forma necesaria.

Tomado así, es claro que a la filosofía no se le puede llamar ciencia. Sin embargo, en concordancia a lo afirmado por autores como Bunge (1990; p. 11) y Vizmanos (1963; p. 15-17), aceptar esta definición implicaría borrar de los cuadros técnicos a las denominadas ciencias históricas, cuyo material de trabajo es con frecuencia tomado del solo testimonio humano, así como también a las del derecho, a la lógica y aun a las mismas ciencias matemáticas, que se apoyan ordinariamente en la pura deducción. Y a nadie se le ocurre pensar, que estas disciplinas nombradas carezcan de valor científico. Por lo cual será menester aceptar una significación más amplia.

En este sentido definimos a la ciencia como **saber objetivo**, entendido este último, como un sistema orgánico de conocimientos que reúne determinadas condiciones.

Estas condiciones exigidas, como requisito de necesidad, para que un determinado conocimiento forme parte del núcleo central de las ciencias, de acuerdo con Albornoz (1993; p. 34), son:

- 1) **Que el conocimiento en cuestión sea racional:** esto es, que deben figurar en él elementos intuitivos a priori;
- 2) **Debe ser sistemático:** los conocimientos del saber científico deben darse de forma que guarden entre sí estrecha relación y armonía y nunca de forma caótica;
- 3) **Debe tener un objeto:** Deben hacer referencia a un objeto determinado y concordar con dicho objeto. Entendiéndose por este ultimo “al contenido intencional de estudio”;

- 4) **Debe tener un método:** el investigador científico no tantea en la oscuridad, sino que planea, sabe lo que busca y como buscarlo;
- 5) **Debe ser claro y preciso:** esto significa que debe liberarse de todo tipo de vaguedades y formularse con máxima precisión y rigurosidad. Aquí juega un papel importante la elaboración y utilización de un lenguaje propio y especializado;
- 6) **Debe ser comprobable:** Esto quiere decir que el conocimiento obtenido por un investigador científico debe tener la característica de poder ser comprobado por otro investigador. Ahora, a esta comprobación se puede llegar desde dos puntos de vista bien definidos: por verificación o por demostración racional; y
- 7) **El conocimiento en cuestión deber ser universal y necesario:** Por último, el conocimiento científico debe tener la suficiente univocidad para que puedan sus verdades ser formuladas con carácter de principios o leyes.

Como se puede notar, la definición de ciencia no está caracterizada por un corpus único, sino que se describe como un conjunto de saberes y conocimientos que se estructuran sistemáticamente a partir de determinados elementos. Dicho conjunto cognoscitivo se agrupa en diversos subconjuntos clasificatorios (ciencias particulares) que refieren una parte de la realidad, unos hechos relacionados o un enfoque estructural del mundo.

En conclusión, todo saber que guarde en sí estas características, puede y debe ser considerado como saber científico. De ahí que podamos hablar de diferentes y bien definidos “Tipos de Ciencias”, los cuales se distinguen entre sí a razón de su objeto y en la forma en que este puede ser conocido.

Ahora sí, llegado a este punto del camino estamos en posición de retomar la pregunta central del planteamiento de nuestro problema: ¿es o no el saber filosófico saber científico?

La respuesta a este interrogante, como hemos sugerido anteriormente, se encuentra en el interior mismo de la idea de ciencia, y a esta la hemos

definido como **saber objetivo**, que consiste a su vez en un sistema orgánico de conocimientos que reúne determinadas condiciones. Bastaría entonces, como uno de los tantos posibles caminos a seguir, quizás el más fácil, con que nos preguntásemos por si en la filosofía se encuentran tales condiciones, para luego concluir afirmativa o negativamente.

Lo cual no es más que la aplicación del principio lógico de raciocinio, que es la operación o proceso intelectual que descubre una verdad por efecto de otra u otras conocidas ya (Domínguez, 1939; p. 36-37), y que es representado, en su expresión clásica, de la forma siguiente:

sí **S=M** y **M=P**; **S=P**,

O por el contrario:

sí **S=M** y **M≠P**; **S≠P**.

Así, con “S” designaremos el término ciencia; con “M” a las condiciones que se requieren para que un determinado conocimiento sea considerado científico; y con “P” a la filosofía.

En nuestro caso, las premisas conocidas son S y M, las cuales sabemos son iguales. Y lo que queremos saber es si P es igual o no a S, esto es si la filosofía puede o no ser considerada como ciencia. Para lo cual tenemos que atender a la premisa M, es decir, las condiciones requeridas. Si esta resulta igual a P, entonces podremos afirmar que la filosofía es ciencia y si no fuera así, entonces lo negaríamos.

En esta dinámica, procedamos pues a formularnos, en tono de pregunta hechas a la filosofía, una a una las condiciones, antes señaladas, requeridas para que un determinado saber sea considerado legítimamente como Saber Científico:

- a) **¿Es el conocimiento filosófico racional?** Ciertamente la filosofía constituye, desde sus orígenes, la más pura expresión de racionalidad con la que el hombre se enfrenta a la realidad del mundo que le rodea y a la suya propia, pero además es forma ejemplar y causal de la misma. De ahí que sea tenida por madre de todas las ciencias. En consecuencia, podemos afirmar que es conocimiento filosófico racional.

- b) **¿Es el Conocimiento filosófico sistemático?** Los contenidos de la filosofía forman un cuerpo unitario, ordenado y bien estructurado, de modo que cada una de sus partes guarda entre sí estrecha relación de complementariedad y necesidad. En este sentido, podemos afirmar con toda propiedad que el conocimiento filosófico es Sistemático.
- c) **¿Tiene el conocimiento filosófico un objeto?** Ordinariamente, cuando en la actualidad se oye hablar de la palabra Objeto, se piensa ingenuamente, de forma casi instantánea, en una “cosa”, fáctica, real, que puedo percibir por medio de los sentidos y sobre la cual cabe la posibilidad de ejercer cierta manipulación. En esta línea, se mueven, por ejemplo, los defensores de la idea de que toda ciencia es por naturaleza un sistema de conocimiento puramente experimental, en el que no cabe ningún otro tipo de argumentación (y que por cierto, es la idea que pretende usualmente imponérsenos, cuando se nos intenta enseñar lo que la es ciencia, en nuestras instituciones de educación Básica y Diversificada).

Pero, si diéramos esto por hecho, y el objeto de la ciencia no fuera sino que una cosa, material, sensible, así de simple, la matemática pura, por ejemplo, no pudiera tenerse por ciencia, puesto que lo que ella estudia de ninguna forma puede ser palpable. O acaso alguien ha visto (parafraseando a Mario Bunge) al número tres (3) caminando por las calles de su barrio, o a la raíz cuadrada de no sé cuál numero (piensa en el que más te guste) paseándose por la quinta avenida de tu ciudad. No, nadie lo ha visto, ni lo veras jamás, pues, sencillamente no existen en el mundo de las cosas, sino que tan solo en el interior de nuestras mentes, como representaciones, como una idea, como un concepto. Y es que el objeto de la matemática no es igual al objeto de la biología, o al de la física, o al de la química, etc., el de estas el objeto es material, mientras que el de las matemáticas es ideal. De ahí que se suelan dividir a las ciencias

por su objeto, en ciencias experimentales o empíricas y en las ciencias denominadas formales de la razón o de las esencias.

En consecuencia, cuando afirmamos que, para que un determinado conocimiento sea tenido por ciencia, debe tener un objeto, no nos referimos de forma exclusiva a objetos cosificados, medibles, palpables, con los que puedo experimentar, sino que lo hacemos en un sentido más amplio, abarcando todo aquello que puede ser sujeto de un juicio (Ferrater Mora, 1978, p. 301-304), es decir todo aquello susceptible de recibir una determinación, por cuanto es real o ideal, en cuanto es o vale de alguna forma.

Todo contenido intencional, escribe Husserl (1962) es en este caso un objeto. En esta perspectiva afirmamos que la filosofía tiene un objeto, que es radicalmente distinto a todos los demás, así mientras las otras ciencias contemplan las cosas tal y como son, la filosofía las considera “en cuanto son”. En conclusión, la filosofía tiene un objeto y este es el **ser en cuanto ser**. Y el Ser escribe Zubiri (1941) “Late bajo todo objeto”. Por ello, agrega Ferrater Mora (1978), “que todo objeto es objeto posible de la filosofía... Nada de lo que hay le es ajeno, ni nada de lo que hay es puesto aparte, como si fuese algo de naturaleza exclusivamente filosófica” (p. 49)

- d) **¿Tiene la filosofía un método?** Se dice que se tiene un método, cuando se sigue un cierto camino para alcanzar un cierto fin, propuesto de antemano como tal. Y en esto la filosofía es madre y maestra, por cuanto ha desarrollado toda clase de métodos, El mayéutico, el dialéctico, el fenoménico, etc., son prueba de ello. En este sentido podemos admitir, que en la filosofía se cumple esta condición.
- e) **¿Es el conocimiento filosófico claro y distinto?** Bastaría a este respecto tomar cualquier diccionario de filosofía para darnos cuenta de enorme desarrollo terminológico alcanzado por esta disciplina y responder de forma afirmativa a este interrogante.

- f) **¿Es el conocimiento filosófico comprobable?** Señalábamos al definir este punto, que se accedía a la comprobación del conocimiento científico por dos vías diferentes y bien definidas: por verificación o por demostración racional. Cada una de estas vías viene dada y determinada por el tipo de objeto, real o ideal, ser o valer. Así, donde el objeto existe exteriormente y lo conocemos a través de los sentidos, el conocimiento es verificable; mientras que cuando el objeto no existe exteriormente, sino como acto de conciencia, el conocimiento es demostrable racionalmente. La filosofía en tanto que conocimiento fundamentalmente especulativo, no existe exteriormente, sino como acto de conciencia, sus conocimientos son comprobados, no por verificación, pues ello no pertenece al campo de su objeto, sino por demostración racional. En este sentido podemos afirmar que el conocimiento filosófico es comprobable.
- g) **¿Posee el conocimiento filosófico los valores de universalidad y necesidad?** A esto podemos decir que el conocimiento producto de la investigación filosófica posee la suficiente univocidad como para poder ser formuladas sus verdades con carácter de principios o leyes, lo cual no implica “dogmatización” de sus conocimientos. En esta línea podríamos mencionar las múltiples definiciones que del hombre se han dado desde el seno de esta disciplina: ser racional, ser social, ser político, ser práctico-transformador, ser histórico y religioso, ser en el mundo, etc.; que son universalmente aceptadas y necesariamente requeridas para la comprensión del todo humano.

Dicho todo esto, podemos concluir que el conocimiento producto de la investigación filosófica, reúne todas y cada una de las condiciones requeridas para que un determinado conocimiento sea considerado científico. Así, retomando el principio antes expuesto de raciocinio, afirmamos que “P” es igual a “M”, y por consiguiente, de la filosofía se puede decir, como consecuencia del silogismo lógico: S=M Y M=P; S=P, que es ciencia.

NUESTRA APROXIMACIÓN A LA DEFINICIÓN:

Una constante que nos encontraremos con frecuencia entre los estudiosos de la materia, es el hecho de admitir, no sin poca razón, la importancia que de suyo tiene “**La Experiencia**” o “**Vivencia**” de la filosofía, como requisito de condición y necesidad para poder formular una definición de la misma. Así, por ejemplo, el ilustre pensador Español Manuel García Morente (1978) afirmaba que: “una definición que se dé de la filosofía antes de haberla vivido, no puede tener sentido... porque solo se sabe lo que es filosofía cuando se es realmente filósofo” (p. 1-2). Y es que con la filosofía ocurre un fenómeno singular, que no es común al resto de las disciplinas del saber, que consiste en la identificación y penetración del concepto en el objeto intencional de estudio, lo cual significa que, cuando nos preguntamos por lo que la filosofía es, estamos ya inmersos en el seno de dicha disciplina, es decir, estamos filosofando. Mientras que, cuando procuramos una definición de la física, o de la química, o de la biología, etc., no acontece de igual forma, pues, la pregunta no obedece al campo de su objeto de estudio, sino que le antecede.

Veámoslo de la siguiente manera, cuando ante su ejercicio profesional un medico se plantea la pregunta por lo que la medicina es (que, de acuerdo al diccionario de la lengua española: es la ciencia práctica que tiene por objeto propio: conocer, prevenir y curar enfermedades), no está ejerciéndola, sino preparando el camino para su eventual ejercicio. De forma similar a la del médico sucede en el caso del educador cuando se interroga por el sentido y significado de la educación. El filósofo por el contrario, cuando se pregunta por la naturaleza de la filosofía, esta transitando ya por sus caminos, pues, recordemos, que es de su esencia preguntarse por todo, a un por sí misma.

Ahora bien, “**Vivir la Filosofía**” es un ejercicio personal, que exige cierta experiencia íntima. Y toda experiencia íntima es por demás individualizada, es decir, es una acción de un sujeto ante una determinada realidad. Por ello, nos encontraremos al estudiar la filosofía en su perspectiva histórica no con una definición, que no existe y quizás ni siquiera sea posible, sino con muchas y muy variadas y hasta encontradas.

Cada sistema, cada escuela, cada corriente, cada filósofo ha desarrollado su propia definición, la cual es en cada caso el resultado de un cierto camino recorrido. Unas veces aceptando la opinión de otro, otras contrastando, otras mejorando y otras tantas creando.

A este respecto, veamos en el siguiente cuadro comparativo algunas de las definiciones más significativas que de la filosofía se han dado en la historia:

Cuadro N° 3: Definiciones de la Filosofía.

FUENTE	PERÍODO	DEFINICIÓN
Sócrates	469-399 a.C.	"Es una preparación para la muerte"
Aristóteles	384-322 a.C.	"la investigación de las causas últimas y principios de las cosas"
Estoicos	Siglo III a.C.	"Es una preparación para la vida"
Tomás de Aquino	1225-1274	"Ciencia que contiene todas las verdades accesibles mediante la luz natural de la Razón"
Descartes	1596-1650	"Todo lo que el espíritu humano puede saber"
E. Kant	1722-1804	"Es el estudio de los fines últimos de la Razón Humana"
Fichte	1762-1814	"ciencia del yo puro en cuanto se pone y afirma por medio de la tesis, de la antítesis y de las síntesis"
Hegel	1770-1831	"Ciencia de la Idea que se piensa a sí misma"
Herbart	1776-1841	"Es la elaboración de los conceptos"
Andrés Bello	1781-1865	"Es el conocimiento del espíritu humano y la correcta dirección de sus actos"
Cousin	1792-1867	"Evolución de los elementos contenidos en la espontaneidad de las facultades del yo, por medio de la reflexión libre e independiente de toda autoridad"
Zeferino González	1831-1894	"Es el conocimientos cierto y evidente, pero relativamente general, de Dios, del mundo y del hombre, adquirido por las fuerzas propias de la razón humana"
Husserl	1859-1938	"Ciencia de los verdaderos principios, de los orígenes de todas las cosas"
Ortega y Gasset	1883-1955	"conocimiento radical del universo o de todo cuanto hay. Su ejercicio nos lleva al descubrimiento de la vida como realidad primordial"
Zubiri	1898-1983	"la filosofía es el problema de la forma intelectual de sabiduría... La filosofía no está caracterizada primariamente por el conocimiento que logra, sino por el principio que la mueve, en el cual existe, y en cuyo movimiento intelectual se despliega y consiste"
Wittgenstein	1889-1951	"Es la aclaración lógica del pensamiento"
Josef Pieper	1904-1997	"es una búsqueda amorosa de la verdad, al mismo de ser expresión, comunicación, de las verdades halladas; y de ahí radica su carácter dialógico"
Ignacio Burk	1905-1984	"Es esclarecer la propia existencia a la luz de una vigilante conciencia racional"

Y estas, no son sino una minúscula muestra de un enorme abanico de posibilidades desde las que se ha pretendido y pretende definir a la filosofía. Frente a todo esto, señalamos, que el ejercicio que hemos realizado y llamado “**conquista de la definición**”, se circunscribe en la esfera de lo que ahora denominamos “**vivencia de la filosofía**”, pero con ello no la hemos agotado. Apenas si hemos alcanzado a recorrer algunos de sus muchos caminos y trajinado por algunos de sus muchos parajes. Pues con la filosofía, como cuando se visita a una gran metrópolis, no se le conoce con la visita de unas pocas horas. Por ello, todo lo que nos es posible hacer por ahora, es tan solo “**aproximarnos**” (razón del subtítulo de este aparte), lo más cerca que podamos, a la definición. Definición esta que en todo caso, no será sino, **nuestra definición**, producto de nuestra experiencia, de nuestra forma peculiar de haberla vivido. Más aun, la definición que adoptemos como curso, podrá ser luego, con toda propiedad y validez, ser aceptado o no por ti o por tus compañeros, pues, quién quita que la experiencia vivida sea otra, aun habiendo caminado juntos, y por consiguiente la forma de entenderla.

Así pues, con lo antes dicho como telón de fondo, y a partir de los elementos que hemos logrado reunir tras analizar críticamente los tres problemas generales propuestos desde un principio en aras de conquistar la definición de lo que la filosofía es, procuremos ahora precisar nuestra posición al respecto.

En este sentido, lo primero que afirmamos es que nuestra definición de la filosofía viene dada y estructurada desde una doble dimensionalidad.

- a) Como ACTITUD, la filosofía es una forma de situarse el hombre ante el mundo en procura de conocer y comprender la realidad oculta en el fondo de cada fenómeno, con el objeto de su propio desarrollo, individual y social. En este sentido, como refiere Burgraff, J. (2006), “la filosofía no está reservada a los especialistas. Se podría decir que es un don y una tarea para toda persona. Por consiguiente, tendría que ser lo más normal del mundo comenzar conversaciones filosóficas, no sólo en la Universidad, sino también en las calles y en pleno centro de la ciudad”.

- b) En tanto que SABIDURÍA, la filosofía es un saber objetivo, que bien podríamos definir como: **la ciencia que estudia los fundamentos de todas las cosas, desde el punto de vista de sus causas últimas, principios esenciales y finalidad.**

Estas dos dimensiones, no deben ser entendidas como si se tratara de dos definiciones diferentes, sino que como dos aspectos distintivos, complementarios y concurrentes de una misma y única realidad. Definir a la filosofía desde esta doble dimensionalidad implica, por un lado, conservar su significación originaria de amor a la sabiduría y de sabiduría con la que los primeros filósofos la entendieron. Pero también y sobre todo, significa reconocimiento, frente a todo irracionalismo, de su autentico valor y singular posición en el cuadro general de las ciencias.

Respecto a esto último, le damos a la filosofía el carácter de ciencia estricta, al tiempo de considerarla como superior. Superioridad que consiste, no en la idea dual mejor-peor, sino en el sentido de ser una **ciencia totalizadora y unificadora** de la realidad, pues, mientras que las demás ciencias hurgan solo en un parte de la realidad, bien precisa y determinada, la filosofía lo hace desde la panorámica del todo. Presupuesto de totalidad este, que no debe ser comprendido como la mera suma de las partes, cual si se tratase de una especie de visión compendiada y generalizadora de los resultados obtenidos por las distintas ciencias, sino como su posibilidad. De este modo, Burgraff, J. (2006), “El “enfrentarse a todo tiene más que ver con la profundidad que con la extensión”. El filósofo mira el más allá, transcendiendo el mundo, sabe fijarse exactamente en las cosas que le rodean. Pregunta por las últimas razones.

REFLEXIÓN FINAL. SENTIDO DE UTILIDAD DE LA FILOSOFÍA.

A modo de conclusión, un último aspecto a destacar en nuestra tarea de aproximación a la definición de lo que la filosofía es, consiste en la reflexión crítica en torno al debate acerca de su utilidad, esto es, de si sirve o no para algo la filosofía. Con lo cual, muy a menudo tienen que lidiar quienes se dedican a la enseñanza de esta

disciplina en espacios académicos no estrictamente filosóficos (filosofía profesional), y en más de los casos, inclusive, en estos últimos. A este respecto, refiere Cupani (1984), que los alumnos la consideran difícil de asimilar, o bien por ser “demasiado abstracta”, o por estar “alejada de las cuestiones de su área específica”; y de este modo no advierten de qué manera ese estudio les sirve en su formación como futuros físicos, biólogos, psicólogos o educadores. Y es precisamente en este contexto, en el que muchas veces se ha afirmado y se continúa haciéndolo, de que la filosofía “**no sirve para nada**”, al no ver las ventajas que pueda tener la reflexión filosófica; como tampoco pudo verla la madre de Carlos Marx, al decirle a su hijo que más le valdría hacerse de un capitalito, en lugar de escribir El Capital.

Ahora bien, esta idea de la inutilidad de la filosofía en modo alguno en nueva, se remonta a los inicios de esta actividad intelectual. Ya en la antigüedad griega, los filósofos fueron sistemáticamente ridiculizados por estar en las nubes y no saber aterrizar ante las cuestiones más cotidianas. En efecto, se cuenta que la empleada Tales de Mileto (siglo VII antes de nuestra era) no pudo contener la risa cuando este absorto en sus reflexiones cayó a un pozo y se burló de él diciendo: por mirar el cielo no advierte lo que tiene bajo sus pies. En este mismo sentido, se cuenta que una vez Xantipa (esposa de Sócrates) les echó por la ventana un cubo con agua sucia a Sócrates y a sus amigos, por estar conversando sobre temas filosóficos en lugar de estar haciendo algo útil. Anécdotas legendarias estas que, según explica Sánchez Vázquez (1994), “ejemplifican la percepción común y corriente que, desde un punto de vista práctico-utilitario, se tiene de la filosofía; [en la que] lo práctico, lo ventajoso, se entiende como aquello que conviene al interés personal, en su sentido más estrecho. Y, claro está, en este sentido la filosofía es inútil”.

Por otra parte, en una sociedad, como la nuestra, en la que todas las actividades humanas se convierten en mercadería (valor de cambio); en la que los valores se supeditan a lo económico; y en la que el lucro y la ganancia, mueven las aspiraciones y la conducta de los hombres; la filosofía no es rentable, por no ser productiva o práctica. El pragmatismo se ha institucionalizado (capitalismo socializado) de tal forma, que parece

haber creado una atmósfera casi universal en la que se identifican valor con utilidad. Lo que no es útil no sirve y por tanto no tiene valor alguno. Y en este contexto, advierte Victoria Camps (2005):

Al pragmatismo, al sentido exclusivamente utilitario, a la búsqueda de una rentabilidad mayormente económica, que caracterizan al mundo de hoy, les cuesta dar una respuesta satisfactoria y convincente a la pregunta: ¿para qué sirven la filosofía, la historia, la filología? ¿A qué viene que sigamos manteniendo las facultades de humanidades cuando hay una oferta de conocimientos y de futuros profesionales mucho más demandados y, sobre todo, necesarios, útiles? (p. 2)

A esta doble percepción negativa de la filosofía, la del hombre común que no ve ninguna utilidad personal en ella (valor de uso), y la del mercado que niegan su utilidad económico-social por ser un producto no rentable (valor de cambio), se suman también las ideas de ciertos filósofos, tales como Martin Heidegger (1983; p. 9), para quien “La filosofía es inútil” por cuanto su función es la de pensar, lo que la hace poco fiable ya que, resumiendo las características del pensamiento en sus conocidos cursos en la Universidad de Friburgo entre 1951-1952: “El pensar no conduce a ningún saber, a diferencia de las ciencias; El pensar no trae una sabiduría útil para la vida; El pensar no resuelve ningún enigma del mundo; El pensar no confiere inmediatamente ninguna fuerza para la acción” (Heidegger ,1958); así, en palabras de Marx, “Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*”.

En este sentido, Augusto Comte (1962), defendió la tesis de que había llegado el momento de que la ciencia sustituyera definitivamente a la filosofía; argumentando: “que cada una de nuestras concepciones principales, cada rama de nuestros conocimientos, pasa sucesivamente por tres estados teóricos: el estado **teológico**, o ficticio; el estado **metafísico**, o abstracto; el estado **científico**, o positivo. La primera es el punto necesario de la inteligencia humana; la tercera, su estado fijo y definitivo; la segunda está únicamente destinada a servir de transición”.

A este respecto, refiere Escandell (2002) que para el positivismo, todos los problemas genuinos del conocimiento son problemas científicos

y no filosóficos, por la sencilla razón de que la filosofía no es ni ciencia ni conocimiento, sino mera palabrería sin sentido o, en el mejor de los casos, un problematizar sin capacidad para encontrar soluciones sólidas y rigurosas. La ciencia, en cambio, nos ayuda a comprender cómo son las cosas, no cómo nos parecen o desearíamos que fueran, y por tanto es, a largo plazo, más inmune a nuestras pre-concepciones, filias y fobias.

Todo lo cual desemboca en la proclamación Deweyiana del “El fin de la Filosofía”, tras el enunciado de la tesis del realismo pragmático, según el cual, lo importante es que la cosa funcione, no importando en lo absoluto la concepción del mundo que se tenga; y en este sentido, se abandona todo intento de buscar criterios universales. Es una aberración para esta forma de pensar, escribe Pieper (1989), “preguntar siquiera por una «raíz» de las cosas, y sobre todo por su «última razón y significado». En una palabra: no existe en absoluto ese misterioso objeto de la filosofía. Sólo hay objetos de la ciencia, y en todo rigor éstos son, sin excepción, objeto de la física” (p.8).

Concepciones estas que, de acuerdo con Husserl (1973), están directamente vinculadas, a los problemas y temas que surgen de las contribuciones de las comunidades científico- tecnológicas, y al rápido avance de las ciencias físicas, que han marcado a las corrientes dominantes en nuestros espacios académicos, y que produjo no sólo una profunda impresión en los filósofos, sino que dejó a la filosofía en situación de crisis y re-definición.

Con esta sobreestimación de la ciencia y la tecnología o tecnociencia, como suele llamarla Galindo (1999), se ha desvalorizado el saber teórico, y en particular, a la Filosofía. El hombre moderno impregnado de un utilitarismo exacerbado es atraído solo por el saber práctico, por aquello que le proporcione algún tipo de beneficio de uso. El saber por el único placer de saber no le interesa a nadie. En cambio, se produce un respeto ilimitado por la ciencia y en una fe inquebrantable en ella. De esta manera, señala Hildebrand (citado por Rodríguez, 2007): “las filosofías positivistas, relativistas y el sensismo empirista llegaron a ver en la ciencia algo incomparablemente superior a la filosofía, lo que tendría que significar la

negación del valor de la filosofía y la consecuente cesión de su objeto de estudio a la ciencia” (p. 166)

No obstante, de acuerdo con Kant (1964): “La sabiduría se oscurece si se cree que con ojos de topo, apagados a lo empírico, se puede ver más y con mayor precisión que con los ojos propios de un ser constituido para estar erguido y contemplar el cielo” (p. 137), y en este sentido, a estas percepciones de la filosofía hay que contraponer la reivindicación de su importancia, necesidad y función social, no en aras de volver a un pasado “humanista” que se supone que se estaría perdiendo en beneficio de un presente “científico”, sino centrados en la necesidad de estar presentes en los procesos formativos de un modo crítico y reflexivo (Galcerán, 2000).

Cabe señalarse, que esta suerte de reivindicación debe partir del sobreentendido, de que la filosofía no es un saber utilitario, sino que es, en palabras de Pieper (1959), “un acto que trasciende el mundo laboral” (p. 12), un tipo de conocimiento que está por encima de la esfera de la utilidad o la inutilidad. **La filosofía es a-útil.** Es un saber libre, refiere el autor prenombrado, en el sentido de que no es “utilizable”. Por eso su legitimidad no reside en su utilidad, sino en su necesidad y libertad. Todos los hombres, por naturaleza, deseamos conocer, ha sentenciado Aristóteles (*Metafísica*, Libro I). Todo ser humano, tarde o temprano, se plantea el por qué y el para qué de su existencia, se pregunta de dónde viene y a dónde va, quién es y lo que podría hacer de su vida.

En este orden de ideas, sostiene Maritain (1961):

La filosofía, en sí misma, está por encima de la utilidad. Y por esta misma razón, la filosofía es de la mayor necesidad para los hombres. Les recuerda la suprema utilidad de aquellas cosas que no tienen que ver con los **medios** sino con los **fines**. Porque los hombres no sólo viven de pan, vitaminas y descubrimientos tecnológicos. Viven de valores y realidades que están por encima del tiempo, y que son dignos de ser conocidos por sí mismos; ellos nos alimentan con la invisible comida que sostiene la vida del espíritu, y nos mantienen alertas, no de tal o cual medio al servicio de la vida, sino de las razones profundas para vivir, sufrir y tener esperanza (p.6)

Y es que el hombre, en tanto que persona humana, no es sólo un ser práctico transformador, un ser que hace, sino que además, es un ser para la

reflexión, la admiración y la contemplación; es un ser que piensa, más aún, un ser que necesita existencialmente pensar; y de la satisfacción de esta existencial necesidad surgen todas sus ideas y acciones. La necesidad de saber no es ajena a su naturaleza, sino que lo constituye. La subjetividad humana es una subjetividad que interpreta, que da significado y sentido a sus acciones, elecciones y tareas. Y es aquí, donde la filosofía adquiere una importancia vital, dado su carácter de ser un tipo particular de saber que procura el análisis sistemático de valor y de sentido, de las realidades de la vida, que trata de comprender, metodológicamente, para llegar a explicaciones esclarecedoras sobre la esencia de los diversos elementos de la realidad. Así, si la ciencia y la tecnología son medios para alcanzar ciertos fines, la filosofía debería ser una reflexión acerca de esos fines y de su sentido.

De este modo, agrega Ortega y Gasset, “la filosofía es un ejercicio vital. Se vive hoy, se vive siempre y siempre se quiere vivir. La Filosofía es una cosa... inevitable” (p. 90). La necesidad de la filosofía trasciende a su pretendida utilidad. Todo lo cual no indica en modo alguno, que no exista relación entre ella y el bien común (pues recordemos que ella no sólo estudia las causas últimas de las cosas, sino que también sus fines últimos), es decir, no excluye que los resultados de ese saber puedan ser útiles en un determinado momento por sus implicaciones sociales, técnicas o culturales, entre otros; pero llevar a la práctica las *ideas filosóficas* no es una tarea inherente a la filosofía. Para la filosofía no cuenta tanto el resultado de la acción reflexiva y práctica, cuanto si “la búsqueda incesante de la verdad”; esta es su esencia y su finalidad al mismo tiempo, y lo que es un fin en sí mismo, no puede ser convertido en un medio para otro fin.

Idea esta, ya presente en el pensamiento Griego y Medieval. Así por ejemplo, Aristóteles afirma: “filosofaron para huir de la ignorancia [...] es claro que buscaban el saber en vista del conocimiento y no por utilidad alguna” (Metafísica, 982, G 10-25); por su parte Santo Tomás de Aquino sostiene: “necesario para la perfección de la comunidad humana que haya hombres que se consagren a la vida no útil de la contemplación”.

Ahora bien, de acuerdo con Cabanchk (citado por Costa, 2006), en esta supuesta falta de utilidad de la filosofía radica paradójicamente su utilidad, pues nos permite distanciarnos e ir mas allá del pensamiento que domina en los medios, de las fórmulas masificadas. Rompiendo así, con el aburguesamiento del pensamiento que se detiene ante la realidad cercana, tomándola como lo último y no percibiendo en el mundo las esencias y el sentido último de las cosas, todo lo cual, puede expresarse por un re-questionamiento de nuestra comprensión del mundo, de nuestro lugar en él y del significado de nuestra vida.

Apareciendo aquí la dimensión crítica de los saberes y de las prácticas dominantes, como sentido y significado del quehacer filosófico, es decir, como un “aprender a pensar en el sentido más amplio”, un aprender a cuestionarlo todo, a no dar nada por definitivo sin haberlo antes analizado meticulosa y críticamente, atreviéndose a plantear problemas donde parece que todo está perfectamente claro. Un pensamiento que no se ampara en las revelaciones supuestos dioses, ni en explicaciones ajena a las que provienen de la razón humana, pero que al mismo tiempo se aparta y se eleva por sobre la contingencia de la industria y el mercado.

Así pues, en consecuencia, la utilidad de la filosofía puede abordarse desde una perspectiva individual y otro colectivo. Individualmente: la filosofía sirve para adquirir habilidades cognitivas ligadas al pensamiento libre que trae con sigo el placer por el saber. Colectivamente: la filosofía sirve para criticar, revisar y consolidar las distintas racionalidades de la vida social.

Perspectivas estas que, adquieren un sentido y una importancia singular a la hora de hablar de la formación de docentes en el siglo XXI, para quienes en una dinámica de aprender a aprender para emprender y ser, estas actitudes le resultan imprescindibles en un mundo en el que los procesos acelerados de globalización exigen una continua capacidad de pensar por sí mismos, en cooperación con sus compañeros, y de forma crítica y creativa.

REFERENCIAS

- Albornoz, J. (1993), “*Nociones elementales de filosofía*”, Caracas: Vadel & Hnos.
- Aranguren, J. L. (1997), “*Ética*”, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Aristóteles, Metafísica, Bogotá: Ediciones Universales.
- Brucker, J. (1995), *Historia crítica de la filosofía, de Origen del mundo hasta nuestros días*; cit. en Wilhelm Weischedel: La Interpretación Filosófica
- Bunge, M (1990), “*La Ciencia su Método y su Filosofía*”, Bogotá: Ediciones Universales.
- Bunge M. (1989): “*La investigación científica*”, Buenos Aires: Ed Ariel.
- Burgraff, J. (2006), “*Cada hombre es un filósofo*” [On Line] Disponible en: mhtml:file://F:\a)%20ACADÉMICO\artículo%20de%20filosofía\Paginas%20de%20Filosofía.mht!http://cgq-net.blogspot.com/
- Camps, V. (2005): *Utilidad de la filosofía*, Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona
- Chacón, M. (2005), “*La Reflexión y la Crítica en la Formación Docente*”, en Revista EDUCERE Año 10, Nº 33 p. 335 – 342
- Comte, A. (1962), *Discurso del Espíritu Positivo*, Buenos Aires: Ed. Aguilar Contreras, J. (1999), “La autonomía del profesorado”. 2da. Edición. Madrid: Morata
- Costa, I. (2006), *¿Para qué sirve la filosofía?*, [On Line] Disponible en: http://www.avizora.com/publicaciones/biografias/textos/textos_a/0006_aristoteles.htm
- Cupani, A. (1984), *Formación Científica y Reflexión Filosófica*, [On Line] Disponible en: http://www.unrc.edu.ar/publicar/cde/05/Cupani.htm
- De Aquino, T., *In Metaphys*, I, 3,56

De Aquino, T., *Summa theologiae*. I, q. 12 a. 8 ad 4

_____, (2001) *Diccionario de la Lengua Española*, Tomo I, Madrid: Real Academia Española.

_____, (2006) *Diccionario Virtual de Filosofía* [On Line]
Disponible en: <http://www.filosofia.org/filomat/df003.htm>

Domínguez, P. D. (1939) “*Texto de Filosofía: Nociones de Lógica y teoría de las ciencias*”, Santander: Sal Terrae.

Echegoyen, J (1995) “*Historia de la Filosofía*”, Madrid: Edinumen

Escandell, J. (2002), *Introducción a la Filosofía*, Madrid: LICEUS

Estrada, J. (1994), “*Dios en las tradiciones filosóficas 1. Aporías y problemas de la teología natural*”, Valladolid: Ed. Trotta, Colección Paradigmas.

Eugenio Trías (1970), “*Metodología del pensamiento mágico*”, Barcelona: Edhsa.

Ferrater Mora, J. (1972) “*La filosofía en el mundo de hoy*”, 2. ed. Madrid: Revista de Occidente.

Ferrater Mora, J. (1978) “*Diccionario de Filosofía*”, Bogotá: Ed. Sudamericana

Freire, P. (1998). “*Pedagogía de la autonomía. Saberes necesarios para la Práctica educativa*”. México: Siglo XIX.

Gaarder, J. (1999), “*El mundo de Sofía*”, Madrid: Siruela.

Galindo, G. (1999), “*La Bioética en la Sociedad del Conocimiento*”, Bogotá: 3R Editores.

García Morente, M. (1978) “*Lecciones preliminares de filosofía*”, México: Ed. Época

Gonzalo Casas, M. (1970) “*Introducción a la Filosofía*”, Madrid: Ed. Gredos.

Guthrie, W. K. C (1962), “*Historia de la Filosofía Griega*”, 5 vols. Madrid: Gredos

- Heidegger, M. (1958) *¿Qué significa pensar?* Buenos Aires: Nova.
- Heidegger, M. (1983), *Introducción a la Metafísica*, Barcelona: Gedisa
- Husserl, E. (1962), “*Filosofía como ciencia estricta*”. Buenos Aires: Ed. Nova
- Julián Marías (1999), “*Historia de la Filosofía*”, Madrid: Revista de Occidente Kant, I (1964), *Filosofía de la historia*, Buenos Aires: Nova.
- Maritain, J. (1961), *La Utilidad de la Filosofía*, Princeton University Press
- Ortega y Gasset, J. (1995) *¿Qué es filosofía?* Madrid: Espasa Calpe.
- Pabón, J.M., (1983) “*Diccionario manual griego-español*”, Barcelona: Bliblograf.
- Pérez de Santos, R. y Otros (2004), “*proyecto político pedagógico para la liberación de América latina y el Caribe*”, en VII congreso de los trabajadores de la federación latinoamericana De la educación y la cultura (flatec) [On Line] Disponible en: www.lpp-uerj.net/olped/Documentos/conflictos/area_trabalho/0164.pdf
- Pieper, J. (1959), *¿Cómo veo la Filosofía?*
- _____ (1970); *defensa de la filosofía*, Barcelona: Herder.
- Rodríguez, J., (1989). “*¿Cómo hacer filosofía?*”, Caracas: I.S.S.F.E.
- Rodríguez, W. (2007), *Vigencia y futuro de la Filosofía*, en Revista Concienciactiva, número 15, p. 155-174
- Sánchez Vázquez (1994), *Reconocimiento a la filosofía en tiempos adversos*, Palabras pronunciadas al ser investido con el grado de doctor honoris causa por la Universidad de Guadalajara.
- Villanueva, J. (2006), “*La filosofía y la Formación docente: hacia la construcción y consolidación de una práctica educativa más consciente, crítica y proactiva*”, en Revista Laurus Nº Extraordinario, p. 180-205

Vizmanos, F. (1963), “*Teología fundamental*”, Madrid: B.A.C.

Zambrano, L. (1986) “*Cuaderno de filosofía Griega*”, Maracaibo:
Colección Palabra.

Zubiri, X. (1940) “*Naturaleza, Historia, Dios*”, en Biografía Oficial N° 43, 5^a Edición, p. 149-222

_____ (1941), “*Del prólogo a la Historia de la Filosofía*”, por Julián Marías. Madrid: Revista de Occidente.